

**Brigitte Vasallo**

# **El desafío poliamoroso**

**Por una nueva política  
de los afectos**



**PAIDÓS**

**BRIGITTE VASALLO**

---

**EL DESAFÍO  
POLIAMOROSO**

---

Por una nueva política de los afectos

 PAIDÓS

# LAS ENTRAÑAS

---

*Se nos rompió el poliamor  
de tanto usarlo*

*Que yo no tengo una pena,  
la pena me tiene a mí.*

SOLEÁ

Inicio esta tercera parte del libro sumida en el duelo, en varios duelos acumulados, deprimida y con heridas tan viejas como yo sangrando por todas partes. Nunca pensé que esta tercera parte sería una catarsis, ni estoy segura de que las catarsis sean justas con la literatura. Pero me aburren los libros que nacen solo del pensamiento o de escribir bien. Los libros nacen de las tripas, de la necesidad de escribirlos, y se leen desde esa misma ansia de leerlos, desde una carencia primigenia.

En el ciclo de tiempos descompasados que es el baile de la escritura-lectura hay que dar un primer paso, lanzar la comunicación como quien lanza una botella con un mensaje de socorro dentro, o con una sonrisa o con un dibujo, esperanzada de que en alguna playa, en algún puerto, alguien lo reciba y lo entienda, porque será su mirada la que convierta un papel cualquiera en un mensaje real. Por eso siempre supe que en este libro irían mis tripas,

desde las que pienso, sin la trampa de esconderlas bajo un pensamiento superlativo e impersonal. Un acto de desvelo que sí es honesto con la literatura misma, conmigo y contigo, que estás ahora leyendo, haciendo mensaje de estas letras precariamente enlazadas.

Voy a hablar de mí. De un yo pequeño, de mi experiencia vivida desde la vida común y concreta que soy. Y voy a hablar de una historia llena de fracasos poliamorosos porque es necesario narrarlos, es necesario dar cuenta de ellos aun tratando de no hacer sangre de ellos. No solo he tenido fracasos: en ese caso no estaría aquí escribiendo. Pero estoy agotada del polipositivismo, de leer experiencias milagrosamente felices y de vernos a todas llorando por los rincones porque ese milagro apenas nos sucede nunca.

Hace unos meses alguien me preguntó qué era un fracaso amoroso para mí. Y, sin elaborarlo mucho, contesté que para mí sería la grieta sin fondo en las expectativas conjuntas, un desorden en las proyecciones elaboradas y, especialmente, un cambio súbito en las bases relacionales, una traición a lo que nos comprometimos a ser. Las relaciones se transforman, pero en el infierno que surge entre un proceso natural de transformación y la dinamitación de las formas, los modos y del vínculo mismo es donde yo sitúo el fracaso.

El tiempo de la literatura no se corresponde con los tiempos cronológicos. Este presente desde el que escribo, que es un presente continuo que durará el año que me llevará redactar esta tercera parte, queda muy lejos del presente desde el que me lees. En tu presente los años han pasado y de estos duelos que ahora vivo solo uno habrá quedado como trascendente. Todo habrá pasado, menos Él.

Mi duelo por Él no tiene que ver con el poliamor, pero sí con mis heridas amorosas. El 4 de junio de 2017, de madrugada, murió la persona que, una vez muerta, vengo denominando «mi padre». Lo hago así porque nadie entiende mi duelo si no le pongo una etiqueta legítima, algo que justifique que lleve meses metida en la cama llorando y medicada por depresión. Su muerte ha dejado en mí, simultáneamente, ruido y silencio. Un silencio ruidoso. Un ruido silencioso. No es un vacío: es una desolación, una orfandad. Mi no padre era escritor y de repente, en su ausencia, mis comas y mis puntos no saben a quién dirigirse, a quién preguntar. En mi hogar de libros y letras me he quedado sola. Tengo otros sitios en los que estoy rodeada de amor, de gente que me ama a través de los años, de las dificultades, de las transformaciones. Tengo amor incondicional en muchos de mis hogares. Pero en ese en concreto, en el de mi escritura, me he quedado sin él. Me he quedado gramaticalmente huérfana.

La mañana en que murió saqué sus libros de la estantería y los abracé. No me alcanzaban los brazos, ni el pecho, ni las piernas para sostenerlos. No me había dado cuenta de que tenía tantos libros suyos ni de que cada uno de ellos era y es un momento de mi vida, de la nuestra. Los repartí sobre la cama y me acosté junto a ellos. Los libros son abrazables, nunca lo había sentido de manera tan clara, tan física. Y lloré junto a ellos todos los días que necesité llorar junto a ellos. Luego seguí llorando. Por la calle, conduciendo, dando clases, viajando, durmiendo.

Hubiese querido llevar luto esos meses, pero el luto ya no se lleva. Vestirme de un color distintivo, de amarillo canario, de naranja butano, de un tono deslumbrante que me marcara de lejos, que la gente dijese a mi paso: «¡Cuidado!, ahí viene una sufriente, ahí viene alguien que ha perdido un cachito de sí». Y que se hiciese para mí una alfombra de silencio solemne, una quietud compasiva. Hubiese querido llevar una letra escarlata que dijese al mundo que debía parar... porque a mí el mundo se me había parado.

Quedé desfasada, como un reloj atrasado que espera un cambio de pila, como sumida en un *jet lag* afectivo. A los pocos días mi teléfono se llenó de mensajes de trabajo, de quejas por mails no respondidos, de invitaciones a fiestas y a congresos que hablaban de cosas de la vida, como si las cosas de

la vida aún fuesen posibles. Y yo seguía sin poder marcar las horas, atrapada en aquel 4 de junio que no se acaba. «¿Cuánto tiempo te va a durar? Tienes que superar esto. Déjalo marchar. No puedes estar siempre así».

*Siempre* es un término extraño. Mi *siempre* fue una madrugada de verano que me está durando muchos meses. Todos los meses que su amor y el mío necesitan para acoplarse a esta ausencia presente. Para encontrarle un lugar en mi nuevo mundo sin él.

Los tiempos de la literatura desafían el tiempo pues para ella eso del tiempo es un invento menor. ¿Qué puede el minúsculo tiempo frente a la infinita palabra? En el principio era el Verbo. Y ese principio creyó Ser, cuando el pobre no era más que un complemento circunstancial del Verbo, que es aquel que de verdad Fue. La literatura me permite ir y venir, estar aquí, escribiendo, relejendo lo que escribí entonces y escribiendo lo que siento ahora. Viviendo ambas estaciones de manera simultánea, estando en todos los puertos a la vez. Pasados los meses que son el ahora de los relojes sabré que no estoy huérfana en los libros, sino que la escritura es ya el único lugar donde puedo estar con él, fusionada con él. Que en la escritura lo encuentro, que escribir es el espacio donde amarlo a pesar de la muerte y que escribir es aquello que dejó en mis manos rebosantes de este regalo tan grande.

Intento explicar desde el entonces y el ahora este duelo, pero el lenguaje, precisamente, me pone la zancadilla. No encuentro la palabra que describa por dónde he pasado, que dé cuenta de este camino tan difícil, tan escarpado, de la ruta por la que me despeñé y del barro que se me enganchó a las tripas y a partir del cual intento volver a construir. Una mujer que había perdido a su hijo me dijo una vez que no había nombre para ella. No era una huérfana, no era una viuda. Algunas pérdidas no tienen nombre porque no existen, aunque su existencia nos lleve con ellas.

Cuando Juan murió no sabía cómo nombrar lo que me estaba pasando, no sabía cómo decirle al mundo que me dejase en paz, que no me daba la vida, que no podía sostener nada más. Aquella mañana su casa se llenó de gente extraña que iba a velar a Goytisoló. Gente importante para el señor importante que él nunca quiso ser. No pude ir a despedirme porque no había dónde ir, no había velatorio para simplemente Juan, para mi Juan a solas, a secas. Seguí su entierro en el telediario, sin voz, solo viendo las imágenes, consciente de que allí no estaba él y de que él no me hubiese querido allí. ¿Y dónde, Juan, dónde voy yo a velarte? ¿Dónde iré yo a cerrar nuestra etapa para poder empezar otra cosa? ¿Cómo le cuento yo a la gente quién se me ha muerto para que entiendan que yo no puedo con esto, que me preparé

a conciencia y al final no estaba preparada porque no hay forma de ponerse aquí? ¿Cómo se hace esto, Juan... cómo se escribe esto...?

Y en el principio fue el Verbo. Y dije «Padre» y se hizo el silencio. Se ha muerto el padre de Brigitte. Y todo se entendió. El mundo me dio una tregua. Recibí abrazos de verdad de gente que apenas me conocía. Recibí mensajes de condolencia sincera. Se apartaron las aguas, cesaron los *e-mails*, callaron las redes sociales y el silencio dio paso a un verano espeso de cavilación. Porque el mensaje, inesperadamente, halló un lenguaje compartido. Porque todas deberíamos saber lo que es perder a un padre.

Pero yo no lo sé.

Porque él no era mi padre.

Él era todo eso para lo que no tenemos Verbo aún. Lo nuestro fue algo anterior al principio mismo.

Mi padre real es un hombre violento que no sabe querer. O tal vez sabe, pero a mí no me quiso. No recuerdo nunca un gesto de cariño, ni una palabra de consuelo o de orgullo, ni una felicitación. Aunque la memoria también es selectiva. Tal vez esperaba tener un hijo y en su lugar le tocó esta marimacho que siempre fui y que para él debió ser un doble fracaso. Un *garçon manqué*, nos llaman en francés: un varón defectuoso, a medias, en trozos. Ese padre real me enseñó a tener miedo de todo. A tener miedo de los imprevistos, de las cosas que no se pueden

controlar, que no sabes de dónde te vienen, que suceden sin más, de la indefensión, de la inevitabilidad. Me enseñó a creer en la fatalidad.

Mi madre es una mujer que miente. Que se ha construido un mundo de fantasía donde mueve los hilos para que la vida encaje con su mente. Y en su mente ella es la víctima de un mundo lleno de monstruos, que somos nosotras. Que soy yo. Mi madre me enseñó que no puedes confiar en nadie, ni en tu propia madre. Me enseñó que las palabras no tienen valor y me sumió en una búsqueda desesperada de palabras que sí tengan peso. Mi madre me hizo creer que todo el mundo traiciona a todo el mundo y yo he dedicado mi vida a salvarme de esa idea, chocando una y otra vez con todas las traiciones cotidianas, con todas las mentiras, con todas las cobardías, confirmando, sin cesar, que no hay refugio posible más que tú misma. Esa fatalidad. Ese destino.

Vivíamos en un entresuelo y desde pequeña me quedé sola con ellos, con mi padre y con mi madre. Mi hermana mayor huyó como pudo, casándose con un hombre taciturno que odiaba la rareza de esa pequeña marimacho de 10 años que fui. «Tu hermana es rara», decía refiriéndose a mí. Ella se fue, yo me quedé atrapada en el entresuelo, con todo un edificio de silencios y violencias apostado sobre mí. Aprendí a distinguir el sonido de sus llaves en la portería. Al oírlas, el corazón se me aceleraba, bajaba la

voz de la tele, recogía todo a mi alrededor, los colores y los libros que eran mi mundito, y esperaba con la respiración alterada a que apareciese en el comedor. A veces llegaba tranquilo y a veces no. Las veces buenas eran las que no me gritaba. Sin más. Las malas eran las que me gritaba sin aclarar nunca por qué y me castigaba sin decirme nunca el motivo. Las buenas, nos saludábamos y yo esperaba un tiempo prudencial para, sigilosamente, escabullirme a mi habitación y encerrarme allí.

En mi casa no había libros, pero mi hermana dejó tras de sí algunas lecturas del instituto que me aprendí de memoria y en el colegio de monjas al que asistía, y al que estaré agradecida toda mi vida, me proveían de lecturas animándome a escribir. Ellas me hicieron escritora. También llegó, tal vez por mi primera comunión, una enciclopedia de aquellas que las familias obreras usaban para decorar la vitrina. Un buen día, un señor llamó a la puerta y nos la ofreció con un algo promocional. Y así llegó a mi vida. La leía por orden alfabético, parándome cuando algo me llamaba la atención para ir ansiosa a buscarlo a otro tomo y volver al primero una vez aclarado el concepto, en una red de *hyperlinks* analógicos de tapas marrones con ribetes dorados.

En aquella época solo había terror. Terror a los gritos, terror al ambiente enrarecido, terror a no saber por qué el ambiente estaba enrarecido una vez más,

pero convencida de que la culpa era mía. Terror a los puñetazos sobre de la mesa, terror a la frase inadecuada que cubría todo de una tensión densa como niebla repentina. Recuerdo castigos, prohibiciones, límites imposibles de cumplir, la angustia constante y el silencio impuesto, ese silencio. El pánico a que sonase el teléfono a la hora de la siesta y que por desgracia la llamada fuese para mí. Así que apenas daba el teléfono a nadie, para reducir el riesgo a una bronca desmesurada. Recuerdo golpes, pero las palizas de verdad vinieron mucho más tarde, sobre los 18 años, cuando la cosa se puso dura de verdad. Allí sí: me dio puñetazos, me tiró por las escaleras, me lanzó muebles encima. Ahí quiso matarme, tal vez sin saberlo, y lo hubiese hecho. De no haberme ido de esa casa, un día me habría dado el golpe de más. Pero esa es otra historia. Eso fue la guerra. Ya veremos si más adelante tiene sentido contarla.

De momento, lo importante era el terror. Os lo cuento porque un mantra del mundo poliamoroso dice que «hay que aprender a estar sola». Yo no quiero aprender a estar sola, quiero aprender a vivir en relación, en relaciones. Estar sola no significa vivir sin pareja: estar sola es ser esa niña que espera atemorizada la llegada de su padre, consciente de que, si tiene un mal día, nadie la salvará. Estar sola es enfrentar la certeza de que tu padre te va a matar mientras el entorno mira hacia otro lado, mientras murmura

que dos no se pelean si uno no quiere. Esa indefensión es estar sola. Y esa yo ya la aprendí. Por eso sigo viva, porque aprendí a vivir con ella y a salvarme. No quiero aprenderla más: quiero desaprenderla, quiero quitármela de encima, quiero arrancarme a jirones la piel impregnada de esa soledad.

Creo que toda mi vida poliamorosa ha girado alrededor de eso: de crearme un mundo en el que ya no estoy indefensa ni amenazada, de saber que ni el deseo hacia otra persona me dejará en la soledad de las palizas, rodeada de gente que no sabe ni quiere pararlas. Y saber que incluso si alguien no quiere seguir a mi lado, no me traicionará. Me dejará que riéndome con la misma ternura que sentía por mí el día anterior a dejarme.

Pero claro, crear el mundo imaginario no basta. El mundo hay que habitarlo y una de sus habitantes soy yo y son todas las demás. Y todas somos esas grietas también.

Un día descubrí a los estilitas, quiero pensar por la poesía que nos permite la memoria, que fue a través de las páginas de aquella enciclopedia. En el siglo V, en Siria, un monje cristiano decidió subirse a una columna y no volver a bajar, como forma de vida ascética. Así, sin más. La gente le lanzaba comida y, según cuentan, cuando apuntaba maneras de morirse, una enorme multitud se agolpó a los pies de su columna para arrancarle un trozo al cadáver

y llevárselo a su pueblo como reliquia que hiciese de aquel pueblo perdido un lugar importante. En la novela *El barón rampante*, de Italo Calvino, el protagonista se sube a un árbol y no vuelve a bajar, y *Said el Pesoptimista*, de Emile Habibi, también acaba su deriva de incompreensión sobre una columna. Yo quisiera ser una estilita del amor. No por la cabezonería de no volver a bajar (que también), sino por la columna. Quisiera estar allí arriba, viendo a mis amantes pasar, mucho más allá del bien y del mal, generosa, agradecida, complaciente, hasta maternal. La gran matriarca de una red amorosa donde todo el mundo viene y va, sube y baja, se enamora y desenamora y yo allí estoy, sonriendo comprensiva, afectuosa y acogedora.<sup>1</sup> Esa ha sido mi fantasía durante muchos años, mi reflejo en el lago de Narciso, el reflejo que no he llegado a alcanzar y que ahora, la verdad, me la suda bastante. Al diablo las matriarcas, al diablo las redes amorosas en las que alguien tiene que subirse a una columna para que no la atropelle la gente que dice quererla. A la mierda toda esa parafernalia. Como dice mi amiga Mireia Gallardo, después de muchos años poniéndome el hombro para lloriquear, quererse es lo mínimo. A

---

1. Miguel Vagalume, terapeuta y activista (golfxsconprincipios.com) me explica que el Síndrome de la Buena Poliamorosa ya está, efectivamente, tipificado.

partir de ahí, esto no va de quererse, sino de decidir quererse bien.

Aclaro, en este texto algo divagante, un poco a borbotones, que si bien en estos momentos mis duelos pesan, sí tengo una red afectiva extensa, resistente, perdurable a través de los años, que se va transformando a cada paso, que ha resistido y resiste a pesar de la vida y a la que también quiero hacer justicia en estas páginas. Una red afectiva es aquello que, cuando andas por la cuerda floja y caes, evita que te mates. Literalmente. Es aquel lugar esponjoso que amortigua tu caída al vacío, que se come el golpe contigo, que atenúa el derrumbe haciendo de las piedras, plumas. Que te permite resoplar, levantarte, sacudirte el polvo enganchado a la ropa y seguir. Sin sangre irrecuperable, sin fracturas inviables, sin vísceras deterioradas para siempre.

En esta parte del libro quiero dar cuenta de los nudos que he aprendido a hacer para tejer esa red afectiva. Ningún nudo es un invento así salido de la nada, sino casi una sorpresa que hemos ido encontrando por el camino, a partir de intuiciones, de no fliparnos con ideas marcianas sino de aterrizar las cosas, respirar hondo, meterle mucho humor y mucha ironía al asunto e ir haciendo entre todas. Ir anudando. Y seguir el consejo que le daba Lola Flores a su hija Lolita: «Tira para adelante, pero cuando estés al borde del precipicio, mira hacia abajo

y retrocede tres pasos». <sup>2</sup> Tira para adelante, pero antes de caerte o de tirar a alguien por el precipicio, tres pasitos para atrás.

Desde ahí hablo. Por si en alguna playa, en algún puerto, alguien recoge esta botella y le es de utilidad, aunque solo sea para llenarla de ron.

---

2. «Lolita, una vida llena de penas y de alegrías», *Pronto*, nº 2368, 23 de septiembre de 2017, p. 39.